

ANUARIO DEL COLEGIO DE
ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS
2006



VOLUMEN I / MÉXICO / 2006

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ANUARIO DEL COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

2006

MARIO MIRANDA PACHECO
Editor



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ANUARIO DEL COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, 2006
CONSEJO EDITORIAL

Editor

Mario Miranda Pacheco

Coordinadores de Área

Historia

Ana Carolina Ibarra

Javier Torres Parés

Literatura

Jorge Ruedas de la Serna

Valquiria Wey Fagnani

Ciencias Sociales

René Aguilar Piña

José Luis Ávila Martínez

Filosofía

Mario Magallón Anaya

José Antonio Matesanz

Con la colaboración de:

Patricia Ascencio Aguirre

Secretaría de Extensión Académica y Coordinación técnica de la edición

Martha Cantú

Coordinadora de Publicaciones

Laura Talavera

Cuidado de la edición: Stella Cuéllar

Diseño de la cubierta: Gabriela Carrillo

DR © 2007, Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.
Impreso y hecho en México
ISSN EN TRÁMITE

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, Ambrosio Velasco Gómez	11
PREFACIO, José Luis Ávila Martínez	13
INTRODUCCIÓN, Mario Miranda Pacheco	15
HISTORIA: CONFIGURACIONES DEL PASADO	
Ana Carolina IBARRA, “De historia y memoria”	25
Javier TORRES PARÉS, “El pueblo elegido. Mitos, memoria e historia”	33
Iván ESCAMILLA GONZÁLEZ, “Lorenzo Boturini y la comprensión de lo americano”	49
Valquiria WEY FAGNANI, “Emigración cultural en el siglo XIX: J. B. Debret y la misión francesa de 1816”	59
Johanna VON GRAFENSTEIN, “El mundo atlántico a la hora de la revolución haitiana. La visión de Francisco Arango Parreño”	73
Enrique CAMACHO NAVARRO, “La imagen del Circuncaribe desde la mirada imperial de la United Fruit Co.”	87
LITERATURA: EL LENGUAJE LITERARIO Y SUS ALCANCES	
Françoise PERUS, “Antonio Cornejo Polar: una política de la lectura”	99
Ignacio DÍAZ RUIZ, “El libro: un símbolo en José Martí”	107
Begoña PULIDO HERRÁEZ, “Las lanzas coloradas. El doloroso nacimiento de la República”	117
Liliana WEINBERG, “Pedro Henríquez Ureña y el nuevo descubrimiento del Mediterráneo” . . .	129
Antonio CANDIDO (invitado especial), “Romantismo, negatividade, modernidade”	137
Jorge RUEDAS DE LA SERNA, “De la venganza, a propósito de un ensayo de Antonio Candido” . .	143

CIENCIAS SOCIALES: SOCIEDAD Y ECONOMÍA DE AYER Y HOY

René AGUILAR PIÑA, “Ilustración y modernidad económica en espacios americanos del siglo XVIII”	157
Guillermo GUAJARDO SOTO, “México y Chile en el tránsito de las políticas de desarrollo al neoliberalismo”.	165
Teresa AGUIRRE, “Viejos y nuevos retos para el desarrollo de América Latina”.	179
José Luis ÁVILA MARTÍNEZ, “Dilemas de la globalidad: América Latina en la migración internacional”	201
Carlos M. TUR DONATTI y Carlos A. AGUIRRE ÁLVAREZ, “Escenario sudamericano: el Mercosur, Washington y Brasilia”	215

CULTURA POLÍTICA Y ANTROPOLOGÍA

Ricardo MELGAR BAO, “Capital letrado y cultura política de la izquierda centroamericana, 1921-1933”	223
Patricia PENSADO, “La revolución cubana en los relatos de la militancia de la década de 1970 en México”	247
H. C. Felipe MANSILLA (invitado especial), “Intelectuales y política en América Latina. Aproximación a una ambivalencia fundamental”	259
Sergio RICCO, “Anotaciones sobre el conocimiento antropológico de América Latina”	269

FILOSOFÍA: REFLEXIÓN SIN TÉRMINO

Mario MAGALLÓN ANAYA, “La razón y la modernidad: discontinuidades conceptuales”	289
Horacio CERUTTI GULDBERG, “Elementos y sugerencias para una historia de las ideas estéticas en nuestra América”.	299
Roberto MORA MARTÍNEZ, “Humanismo, identidad y mestizaje en América Latina”	315
Luis Gerardo DÍAZ NÚÑEZ, “El lenguaje religioso, su impacto social y la teología de la liberación”	321

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Mario MIRANDA PACHECO, <i>Signos y figuraciones de una época. Antología de ensayos heterogéneos</i> (Patricia CABRERA LÓPEZ)	333
Patricia CABRERA LÓPEZ, <i>Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987</i> (Alba Teresa ESTRADA CASTAÑÓN)	336
Ana Carolina IBARRA, coord., <i>La independencia en el sur de México</i> (Yadira Ibette CRUZ MELÉNDEZ)	339
Alfredo ÁVILA, <i>Para la libertad. Los republicanos en tiempos del Imperio 1821-1823</i> (Rodrigo MORENO GUTIÉRREZ).	342
José A. PIQUERAS, <i>Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido (1878-1895)</i> (Horacio CRESPO).	347
Emmanuel LEVINAS, <i>Difícil libertad. Ensayos sobre el judaísmo</i> (Carlos HAM JUÁREZ)	353
Karl JASPERS, <i>La filosofía</i> (Buatu BATUBENGUE OMER).	356
Xabier ETXEBERRIA, <i>Sociedades multiculturales</i> (Ma. de los Ángeles PENSADO LEGLISE)	360
Immanuel WALLERSTEIN, <i>Utopística o las opciones históricas del siglo XXI</i> (Ana GOUTMAN). . .	365
Immanuel WALLERSTEIN, <i>La decadencia del poder estadounidense</i> (Alfredo RAJO SERVENTICH)	367
José Juan TABLADA, <i>En el país del sol</i> (Araceli TINAJERO)	372
INFORMACIÓN SOBRE LOS COLABORADORES.	377

La revolución cubana en los relatos de la militancia de la década de 1970 en México

Patricia PENSADO LEGLISE

Para Lucía Sala de Tournon

En el contexto de la actual preocupación intelectual que comienza a expresarse en algunos historiadores en torno a cómo debe escribirse la historia del siglo veinte, es importante hacer notar que el registro de la misma no puede ya limitarse a seguir con la jerarquía de *fuentes para su consulta*, dividiéndolas en primarias y secundarias, sino que éstas se han diversificado ahora gracias al desarrollo de la ciencia aplicada, el cual se expresa en los alcances tecnológicos, la informática o el potencial de los medios de comunicación masiva.

No se debe perder de vista tampoco que los distintos momentos políticos de suma intolerancia y represión ejercida por parte del autoritarismo que se vivió tanto en los regímenes democráticos como en las dictaduras que asolaron a nuestra región latinoamericana produjeron no sólo la destrucción en muchos casos del patrimonio histórico, sino también la imposibilidad de realizar un registro histórico de lo que ocurrió. A esto se agrega también el cuestionamiento del método positivista que planteaba la relación asimétrica entre sujeto y objeto de conocimiento, y bajo el cual el sujeto era determinado por el objeto,¹ situación que limitaba la aprehensión compleja de la realidad histórico-social de los países latinoamericanos.

Estos factores han inducido a quienes orientamos nuestro trabajo hacia la historia del pasado reciente a reconocer tanto en la metodología de la historia oral como en el uso de la fuente oral aportaciones importantes.

La historia social de nuestro país, durante la segunda mitad del siglo xx, encuentra su máxima expresión en el movimiento obrero de los sindicatos nacionales de industria de las ramas estratégicas de la economía; en el campesinado de aquellas comunidades que no habían sido beneficiadas por la Reforma agraria de finales de la década de 1930, y en aquellos que por el tipo de suelo que poseían y la producción a la que se dedicaban requerían de apoyos continuos por parte de los organismos financieros del Estado. Por otra parte, y en paralelo, se desarrollaba en ese entonces un movimiento urbano popular; y se daba la politización masiva en el medio estudiantil en casi

¹ Al respecto el historiador brasileño Antonio Torres Montenegro apunta: "Esta visión del conocimiento partía del presupuesto de que había un mundo listo y acabado delante de nosotros y que, para conocerlo, bastaba utilizar el método correctamente. En otros términos, conocer era aplicar el método científico que posibilitaba descubrir las leyes que gobernaban el mundo. La verdad estaba por ser descubierta".

todas las universidades del país, amén de la radicalización de grupos de izquierda, que hicieron uso de las armas en su intento por derrocar al gobierno.

Para realizar un análisis histórico-social sobre este complejo contexto histórico se ha decidido utilizar las historias de vida como herramienta que permita hacer inteligible la experiencia del militante, y a partir de ella interpretar la historia que de sí mismo percibe cada grupo; conocer cuáles fueron sus herramientas en su trayectoria de vida para llegar a las definiciones que constituyeron su vocación de militancia como una forma de asumir la vida, más allá de la filiación partidista o del activismo social.

La historia de vida puede definirse entonces como la narración que da cuenta, en primera persona, de las prácticas del sujeto que lo asocian como individuo y como miembro que se identifica con colectividades distintas.

El proyecto en el que participo toma las historias de vida como herramientas de investigación. Se parte de la realización de entrevistas a militantes que en la actualidad no ocupan ningún cargo de liderazgo,² y a partir de ellas se hacen planteamientos cuya meta es descifrar las siguientes preguntas: ¿cómo la militancia los constituyó como sujetos sociales que construyeron nuevos significados para los símbolos culturales?, ¿cuáles fueron las circunstancias que condujeron a hombres y mujeres a militar en la lucha social? y ¿cómo y cuáles son las distintas formas de relación individuo-movimiento?

Hay que indicar que estas interrogantes conducen a valorar el papel de la memoria en la disputa por la creación del pasado, confrontando y dando cuenta de otras versiones de él.

El texto que presento en este *Anuario* plantea el propósito de analizar uno de los aspectos que ha surgido en las entrevistas de manera común para esta generación que se ubica entre las décadas de 1940 y 1950, y que son los efectos ideológicos, políticos y culturales de la Revolución cubana en los relatos de historias de vida de militantes que participaron en movimientos políticos y sociales de nuestro país, en las últimas décadas del siglo veinte.

Son dos las razones que me llevaron a elegir, para este artículo, solo el testimonio de Adolfo Sánchez Rebolledo.³ La primera es porque considero que este testimonio de vida reúne los problemas que va a plantear la revolución, no sólo para la militancia política latinoamericana, sino también para quienes se dedicaron a historiarla después. La segunda reside en que al recrear el espíritu del tiempo en que se desarrolla la revolución mediante su rememoración, Sánchez Rebolledo logra evocar nítidamente las repercusiones que tuvo en su generación.

La Revolución cubana, en palabras de Octavio Ianni, puede resumirse en una serie de acontecimientos que “se revelan particularmente emblemáticos, por la originalidad y fecundidad de los problemas históricos y epistemológicos que se suscitan. Son acontecimientos que señalan una

² Este proyecto, aún en marcha, se realiza con Gerardo Necoechea Gracia y un grupo de jóvenes estudiantes, y tiene el propósito de evidenciar cómo la historia de vida hace inteligible la experiencia del sujeto inmerso siempre en un entramado social con el que está siempre en constante interacción.

³ Adolfo Sánchez Rebolledo es un intelectual destacado que ha dedicado su vida a la praxis política en diferentes agrupaciones de izquierda, y ha apoyado y se ha solidarizado con distintos movimientos sindicales, entre ellos el de los electricistas. Asimismo ha sido un prolífico editorialista y miembro de consejos editoriales de publicaciones y editoriales importantes.

transición más o menos fundamental del modo en que se diseñan el mapa del mundo y las formas del pensamiento”.⁴

En este sentido, para la mayoría de los historiadores latinoamericanistas, la Revolución cubana significó un parteaguas, un hito a partir del cual se explican los cambios que se sucedieron en la región, tanto en la militancia de izquierda como en la de derecha. Porque además de modificar la posición sumamente ortodoxa de los partidos comunistas latinoamericanos de la época con respecto al sujeto revolucionario, permitió visualizar otras estrategias y concepciones de la praxis política.

Al respecto, según los testimonios de esta investigación, la Revolución cubana surge en la memoria de los entrevistados como un suceso que ellos vinculan con la renovación de la práctica política y de la presencia de la izquierda, primero, en las universidades y después en el movimiento sindical, campesino y urbano popular.

Como afirma Sánchez Rebolledo en su prólogo a la compilación que realizó sobre *La Revolución cubana*, “Fidel Castro planteó, desde el primer día, todas las cuestiones esenciales desde el punto de vista de la historia de Cuba, y a partir de los intereses de las clases oprimidas”.⁵ De ahí el éxito de su empresa y el arraigo popular.

Además, esta revolución planteó la especificidad de la praxis latinoamericana que los entrevistados piensan cualitativamente diferente a la de otras latitudes, en donde la historia común de la conquista y la época colonial, la dependencia político económica y el desarrollo de la identidad cultural, son argumentos para sostener esta idea.

Por otra parte, esta revolución, nacida en la coyuntura de la Guerra Fría, se utilizó también como pretexto por parte de algunos gobiernos latinoamericanos para reprimir movimientos sociales y cualquier expresión de lo que ellos interpretaron como disidencia.

Con respecto a la posición que tomó el gobierno estadounidense, vale recordar que éste, desde que inició el conflicto, dirigió una política de ofensiva contra el gobierno cubano, mediante el bloqueo económico y el boicot comercial, además de que radicalizó su discurso anticomunista y trató de imponer la misma actitud al resto de los países.

Su máxima expresión de intolerancia fue la llamada *guerra de los cobetes o crisis de los misiles*, que trajo como consecuencia la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, durante la VIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, que se celebró en Punta del Este, Uruguay, en enero de 1962.

En el caso particular de nuestro país, el gobierno reconoció la Revolución cubana y mantuvo relaciones diplomáticas con el gobierno de la isla, además de que defendió, en los foros internacionales, los principios de no intervención y el respeto a la autodeterminación de Cuba.

Respecto a la posición que el gobierno mexicano asumió hacia Cuba, el entonces secretario particular del secretario de Relaciones Exteriores, ex embajador José Salvador Gallástegui, recuerda: “Al inicio de la Revolución cubana un gran número de países en América Latina, que estaban gobernados por dictaduras militares o no, pero dictaduras al fin y al cabo, reaccionaron críticamente hacia el movimiento y, lógicamente, hacia aquellos que, como México, mostraron respeto o simpatía hacia Cuba”.

⁴ Octavio Ianni, *Enigmas de la modernidad-mundo*. México, Siglo XXI, 2000, p. 33.

⁵ Adolfo Sánchez Rebolledo, *La revolución cubana*. Pról. de Fidel Castro. México, Era, 1972, p. 12.

También se debe mencionar que hubo *respuestas* de la prensa escrita estadounidense y de algunos países latinoamericanos, que resultaron sumamente críticas hacia México, pero todo ello debemos ubicarlo en el marco de la llamada Guerra Fría, que imperaba entonces en el mundo y que lo dividió en dos grandes bloques: el bloque de los países democráticos, civilizados, occidentales, etcétera, y el bloque soviético o de países en los que imperaban las dictaduras comunistas o marxistas leninistas, como los diarios las calificaban de manera indistinta.

Cada vez que se había preguntado al presidente López Mateos acerca de rumores o noticias de que en Cuba se estarían instalando artefactos para lanzar misiles y cargas, el presidente había señalado que México respetaría el derecho de Cuba para armarse en defensa de su territorio, pero que el armamento ofensivo podría considerarse bajo ya otro criterio [...] el gobierno de México exhortó tanto a Estados Unidos como a Cuba para que se buscara una solución y expresó su esperanza de que se lograra encontrar una forma concertada para preservar la paz [...] Finalmente se alcanzó el éxito en las gestiones para que la URSS retirara los artefactos de misiles, aunque la guerra continuó y la crisis y tensiones entre Estados Unidos y Cuba también continuaron, como podemos ver hasta nuestros días.⁶

Durante la primera etapa de desarrollo de la Revolución cubana, en México se vivía la plenitud del proceso de modernización económica basado en la industrialización, sustentada en la política de sustitución de importaciones.⁷ El Estado mexicano posrevolucionario se había consolidado, no obstante que para conseguirlo hubiese recurrido a prácticas represivas, autoritarias y clientelares que sobornaban a los líderes de las organizaciones sociales para ejercer un control sobre de ellas, privándolas del más mínimo atisbo de autonomía y democracia.

En contraste con esto, como antes se mencionó, se desarrollaba una política diplomática en la cual se mantenían los principios democráticos y pacifistas que rescataban lo mejor de la tradición del liberalismo mexicano, y actualizaban el discurso revolucionario, que perdía legitimidad, dada la represión ejercida por el Estado en contra de todos los movimientos de ese periodo, sobre todo contra el grupo de trabajadores de los grandes sindicatos nacionales.

De ahí que en este ámbito de la política, a pesar de las diferencias abismales y de las contradicciones en que caía, la izquierda aprobaba y apoyaba las iniciativas adoptadas por el gobierno, e incluso las aprovechaba para realizar actividades de solidaridad que refrendaban su posición anti-imperialista y la vocación internacionalista de defender *la lucha de los pobres del mundo*.

Sin lugar a dudas la Revolución cubana fue objeto de muchas interpretaciones. Para las corrientes de izquierda rompió con el papel hasta entonces fundamental de la concepción leninista de partido como vanguardia, a la vez que planteó nuevos retos, como la lucha contra el imperialismo estadounidense. Además, dotaba, sobre todo a las juventudes de esa época, de un nuevo ideario político impregnado de valores éticos que sugerían otra forma de ser y estar en el mundo, en

⁶ Entrevista a José Salvador Gallástegui realizada por Concepción Martínez y Patricia Pensado. Coyoacán, ciudad de México, 1 de agosto, 2006.

⁷ Al respecto, Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer registran los siguientes datos: "Entre 1940 y 1960 la producción nacional aumentó un 3.2 veces, y entre 1960 y 1978 2.7 veces; registraron esos años un crecimiento anual promedio de 6 %", en *A la sombra de la revolución mexicana*. México, Cal y Arena, 1989, p.193.

donde la existencia sólo adquiriría sentido en la obra colectiva de liberar al hombre de la explotación y la desigualdad. En suma, la posibilidad que cada revolucionario tenía, según Ernesto Guevara, de engendrar en sí mismo al hombre nuevo.

La Revolución cubana fue producto de un grupo de jóvenes, que al lograr derrocar la dictadura de Fulgencio Batista, tomaron el poder y plantearon la democratización de la vida política mediante la aplicación de reformas en todos los ámbitos de la vida del país, orientadas a eliminar todo tipo de desigualdades.

De ahí que para los entrevistados, la Revolución cubana fue una brisa fresca que replanteó la praxis política de una izquierda que no había sido capaz de crecer y tener éxito en los movimientos que había dirigido o en los que había participado. De ahí derivó, quizás, la tentación que significó no sólo participar en el movimiento de solidaridad, sino tratar de darle un seguimiento puntual a todos los acontecimientos, o adoptar el lenguaje de sus consignas y la iconografía que se iba generando por la admiración hacia los jóvenes revolucionarios que, siendo cubanos o no, ocupaban puestos de alta responsabilidad en el gobierno.

Otro aspecto importante fue el hecho de que algunos jóvenes pudieron asistir a los congresos que se celebraron durante los primeros años de la revolución, lo que significó para algunos ingresar al Partido Comunista Mexicano, o convertirse en activistas del movimiento de solidaridad con Cuba, que de ahí se desplazaba para apoyar u organizar otros movimientos.

En suma, la Revolución cubana creó la idea de que era posible construir el socialismo en América Latina, y en particular en México, no obstante los tres mil doscientos kilómetros de frontera compartida con la ya para entonces más poderosa nación del mundo.

Además, resulta interesante encontrar en los testimonios sobre la militancia social y política referencias sobre la Revolución cubana, aun cuando ésta para algunos está distante en su tiempo de vida. Es decir, aunque no formara parte de su experiencia de vida inmediata, sino como acontecimiento contemporáneo, la Revolución cubana se convirtió en un referente fundamental para definir y/o legitimar su praxis.

Si se retoma parte de la explicación que ofrece el filósofo francés Paul Ricoeur en su libro *La memoria, la historia, el olvido*, acerca de las relaciones entre memoria e historia y memoria e imaginación podremos entender cómo la memoria es el único recurso para ir al pasado. Escribe Ricoeur: “no tenemos nada mejor que la memoria para significar que algo tuvo lugar, sucedió, ocurrió antes de que declaremos que nos acordamos de ello”.⁸

De ahí que, como más adelante menciona este autor, “el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia”,⁹ resulta una huella más, porque “Si recuerdo un acontecimiento de mi vida pasada, no lo imagino, me acuerdo de él; es decir, que no lo planteo como dado-ausente, sino como dado-presente en el pasado”.¹⁰

Sin embargo, hay otro tipo de acontecimientos que irrumpen en la rememoración del sujeto para explicar o justificar alguna acción y que pertenecen a otro tipo de experiencia que escapa a la suya propia. Ricoeur se vale de Jean Paul Sartre para explicarlo. El filósofo, también de origen

⁸ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*. México, FCE, 2004, p. 41.

⁹ *Idem*.

¹⁰ P. Ricoeur, *op. cit.*, p. 78, citando a Jean Paul Sartre, *L'Imaginaire*. París, Gallimard, 1940.

francés, lo nombra como la “seducción alucinadora del imaginario”. Cito: “El acto de imaginación [...] es un acto mágico. Es un encantamiento destinado a mostrar el objeto en el que se piensa, la cosa que se desea, de modo que uno puede tomar posesión de él”.¹¹

Así, en la historia de vida de estos militantes la Revolución cubana expresó distintos significados: unos la presenciaron, la siguieron desde su origen, su desarrollo y evolución; otros la estudiaron en aquellos remotos círculos de estudio y de discusión política mediante la cual trataban de legitimar su vía de acción con la victoria de la misma en el caso cubano; otros más reflexionaron sobre ella al interior de las aulas y fue objeto de la elaboración teórica, pero lo que sí se puede afirmar es que para todos fue lugar común como objeto sujeto del imaginario y del deseo.

Un hecho que sin duda contribuyó a sentir la cercanía o la pertenencia con este acontecimiento fueron los nexos que de muy diversa índole se dieron entre las dos naciones. De ahí que una fuente para conocer a la revolución fue la vía directa de los testimonios de funcionarios y revolucionarios cubanos que viajaban a nuestro país, o de aquellas familias mexicanas o del exilio español, radicadas en el país, que al comienzo de la revolución se trasladaron a la isla para colaborar con su trabajo en diversos proyectos laborales y de educación. Importante también es la presencia de ex presos políticos mexicanos o latinoamericanos que vivieron en Cuba hasta el momento en que les fue posible retornar a sus países.

Todas estas formas de presencia en Cuba contribuyeron a pensar la Revolución cubana en sus diferentes aristas: desde la complejidad de vivir la transición política sin poder eludir el contexto internacional, la mayoría de las veces adverso a ella, hasta los diferentes aspectos de la vida cotidiana que engranaban con la vida en Cuba.

A continuación expondré fragmentos de algunas entrevistas que he tenido con Adolfo Sánchez Rebolledo, que aluden a los temas referidos y que explican, en diferentes momentos, la importancia que la Revolución cubana adquiere en su desarrollo como intelectual que se suma al movimiento social.

Relevante fue para Sánchez Rebolledo, hijo de exiliados españoles, el carácter internacionalista con el que la Revolución cubana nació, y que personifica Ernesto Guevara, no sólo por su incorporación al movimiento, sino porque después fue reconocido y llamado a participar en el gobierno como ministro de Relaciones Exteriores.

Pero en cuanto a ese problema de la identidad es un problema que acompaña prácticamente a todos los hijos del exilio, yo lo viví intensamente, sobre todo en la adolescencia, cuando algunos amigos míos decidieron irse a vivir a España, llevados ya de una idea de la política, de la lucha antifranquista, y en esas estiras y aflojas, uno tenía que pensar seriamente qué significaban esos problemas de la identidad; hasta qué punto tenían sentido [...] Yo tomé la decisión ya hacia los 17 o 18 años de participar directamente en las organizaciones políticas mexicanas y no en las españolas. Me refiero a lo siguiente, cuando yo tengo edad de participar en algunas organizaciones políticas surge en el exilio un movimiento que se llama “Movimiento Español 59”, que reúne a la parte más joven de la inmigración con vistas a una posible reincorporación a las actividades antifranquistas. Desde luego yo me siento solidario, participo en muchas de sus actividades, pero a la hora de decidir dónde debía militar, elijo incorporarme al Partido Comunista Mexicano y no al Par-

¹¹ *Idem.*

tido Comunista Español. Y ahí, curiosamente en el Partido Comunista Mexicano, es donde me encuentro por primera vez con una actitud, no de todos, pero sí de algunos camaradas, una actitud de rechazo nacionalista, en vez de... Yo sentía que entrando a la organización internacionalista esos problemas de la identidad se desvanecían por sí mismos, pero no, había entre los viejos comunistas mexicanos un acendrado nacionalismo que los llevaba incluso, de una manera si se quiere no excluyente, pero a tipificarnos como los españoles, y a ponernos en una situación peculiar aparte del resto. Entonces formamos una célula que era la célula Quinto Regimiento, donde prácticamente todos éramos hijos de españoles.

[...] Entonces a mí me causó cierta tristeza, por decirlo así, ver que algunos de los camaradas comunistas eran los más chauvinistas, más chauvinistas que los chauvinistas que yo había conocido hasta ahora. Me reafirmó en la necesidad de superar ese problema.

Ese problema del nacionalismo y la identidad era un problema que tenía que ser dejado atrás y poner por delante las cuestiones de la lucha internacional, de la lucha social.

En esos años triunfa la Revolución cubana, y con la Revolución cubana triunfa una nueva visión de concebir la acción política en América Latina.

Para un joven como yo, con esta historia, pues el hecho de que un personaje como el Che Guevara fuera reconocido, incorporado a plenitud por los cubanos, me parecía que era la muestra, el ejemplo de que en los temas de la lucha social no se podían poner esos cartabones chauvinistas.

Entonces, para mí la Revolución cubana, como para muchos otros mexicanos, significó y otros muchos latinoamericanos significó un cambio importantísimo. Fue una sacudida enorme en la mentalidad, en los deseos del compromiso social, y así lo hice, en el lugar que yo creía que podía desarrollarme mejor, que era el Partido Comunista Mexicano que acababa de sufrir, de salir de una larga crisis de casi treinta años, y se incorporaba, digamos, junto con la Revolución cubana. De nuevo surgía a la luz pública, en medio de una política terriblemente sectaria, y dominado por el dogmatismo entre los intelectuales, y las reminiscencias del viejo partido stalinista que aún no se habían superado. En fin, seguía siendo un partido muy minoritario, pero ya la correlación de fuerzas internas había cambiado, y sus militantes con peso dentro de la organización eran jóvenes, y los jóvenes, por lo que acabo de comentar, tenían la visión causada, provocada por la Revolución cubana.

Entonces el gran cambio para mí, lo que me permitió vincular digamos mi formación republicana, antifascista, con una idea digamos de futuro, fue esta revelación que significó la Revolución cubana en todos los sentidos.

PPL: ¿En qué año ingresas al partido?

ASR: En 1960, después del Congreso Latinoamericano de Juventudes, al que asistí.

PPL: ¿Y ese, en dónde se celebró?

ASR: En La Habana, en 1960. Convocan los cubanos a una reunión internacional, a la que se presentan, pues, prácticamente de toda América Latina, incluyendo una delegación mexicana en la que estaban presentes seis o siete organizaciones estudiantiles: FEUS, sindicatos divididos, es decir, la delegación mexicana era la más numerosa y la más dividida. [...] Formamos un pequeño grupo, entonces estábamos todavía en preparatoria. Se llamaba Grupo Avance. La idea era difundir estas pequeñas verdades que se van descubriendo en la vida ¿no? Y que tienen que ver con la buena nueva de la lucha social: el socialismo. No tuvo mayor importancia, pero es el primer indicador de que teníamos interés por esas cosas, después, ya claro, causaba escándalo. Es verdad que el mundo

que vivimos es libre, pero en ese contexto, entonces..., pero mi primer acercamiento con la lucha social fue ser testigo de las manifestaciones de los trabajadores.¹²

En el siguiente fragmento de la primera entrevista que hice a Sánchez Rebolledo él subraya la importante participación de los jóvenes de esa época y la vinculación entre las actividades de solidaridad con Cuba y los movimientos de los trabajadores y del estudiantado que comenzaba a despuntar. También se refiere a la intolerancia del Estado, que ante cualquier movilización o manifestación pública reprimía.

A principios de los años sesentas, yo creo que se da una efervescencia. Se produce esta efervescencia política y social, sobre todo hablando de la juventud estudiantil [...] había una movilización que no dependía estrictamente de nadie, sino de iniciativas que iban surgiendo al calor de los acontecimientos, luego, ya más tarde, se fueron formando instituciones y comités de solidaridad con Cuba, pero fundamentalmente lo que se fortaleció fueron las organizaciones de la izquierda: el Partido Comunista, la Juventud y..., a partir del año 61, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En fin, una serie de figuras que serían inexplicables sin el impulso de la Revolución cubana [...] nos dieron bastantes palos, en los años sesentas, distintas marchas, manifestaciones donde se mezclaba todo. Hay que reconocerlo también: no eran movimientos de solidaridad solamente, eran movimientos donde se exigía la libertad de los presos políticos, se pedía la cabeza de no se quién. En fin, todos se metían a la misma canasta, pero el impulso era exactamente el mismo. No había un movimiento de solidaridad y un movimiento reivindicativo de los trabajadores, un comité por la defensa, aunque existían formalmente. Pero el movimiento, la gente, era la misma, y llegó a ser muy importante porque las manifestaciones de solidaridad con Cuba del año 61, una encabezada por el general Cárdenas, y la segunda reprimida brutalmente por el gobierno, pues asistieron por primera vez varias decenas de miles.¹³

En la segunda entrevista Sánchez Rebolledo apunta el carácter antiimperialista de la Revolución cubana, y reconoce su originalidad, al compararla con otras experiencias latinoamericanas que no prosperaron en sus propósitos nacionalistas. También expone las distintas interpretaciones que desde la perspectiva de las corrientes de izquierda se daban, y que derivan finalmente en la teoría del *foquismo*, y ofrece una explicación de la razón por la cual hubo grupos de izquierda que siguieron esa vía bajo argumentos de las similitudes en la historia de los países latinoamericanos.

Bueno, yo sobre la Revolución cubana, creo que ya dije algo en la primera sesión, pero me gustaría puntualizar algunas cosas. Hasta 1959, en América Latina dos corrientes se disputan, por así decirlo, la hegemonía del pensamiento antiimperialista. Una era la que proviene del antiimperialismo, más o menos clásico, en el continente, que tiene su expresión en los partidos tipo APRA y otros incluyendo al primitivo PNR, y que en América Latina tiene figuras muy destacadas como Arévalo, y como otros [...], pero que finalmente se rinden, de alguna manera ante los hechos. Entonces, cuando la Revolución cubana triunfa y se enfrenta por primera vez con Estados Unidos, lo

¹² Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo realizada por Patricia Pensado Leglise. Jiutepec, Morelos, 7 de septiembre, 2005.

¹³ Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

que queda claro es que se trata de una revolución popular, que no está dispuesta a transigir por el reconocimiento de los norteamericanos. Entonces, en ese instante se recupera el antiimperialismo como una postura ideológica y política válida [...] Entonces, bueno, se hace la reflexión sobre Cuba. Lo primero que surge, que lo plantea el propio Che Guevara en su *Guerra de guerrillas* famosa, es que la Revolución cubana demuestra que es posible actuar contra esas dictaduras feroces que azotan al continente con las armas en la manos.

Hay que tomar en cuenta que América Latina ha pasado en esos años por la dictadura Somoza, la dictadura Trujillo, antes éste, Guatemala tiene una dictadura con Castillo Armas, eh. Hubo antes con Ubico, antes con Pérez Jiménez en Venezuela, que fue contemporánea a la Revolución cubana [...] Entonces, con el solo hecho de triunfar la Revolución cubana pone en tela de juicio muchas de las concepciones preexistentes, pero, además, pone en crisis a la otra corriente que es la corriente marxista, que había debatido durante muchas décadas la idea de hacer una revolución, digamos, directamente socialista, o la idea de hacer una revolución por etapas, un poco como sugerían los ideólogos tanto chinos como soviéticos en la revolución de liberación nacional, con una etapa democrática y una etapa socialista. Entonces, la Revolución cubana, como una revolución popular, demuestra que ese es un esquema que queda descalificado de alguna manera por la experiencia [...] Ese modelo revolucionario [se refiere al cubano] que se reduce después, se va simplificando poco a poco en el curso de los tiempos, hasta quedar en esa reflexión sobre el foco guerrillero, ¿qué significa esa concepción? Que las condiciones para la revolución en América Latina, las condiciones están dadas, lo único que hace falta es voluntad revolucionaria, es decir, disposición para cambiar las cosas, incluso con las armas en la mano. Entonces surgió una concepción de cómo el foco guerrillero puede generar alrededor suyo, pues la fuerza necesaria para provocar un cambio revolucionario [...] el hecho concreto de que se produzca la revolución introduce un elemento inusitado en el pensamiento revolucionario, que es que se trata de una revolución que termina siendo socialista, dirigida y realizada por un sector y por un partido que no es marxista, que no es socialista, y eso sí es un hecho insólito.

Entonces hace falta o no el partido clásico del que hablaban Lenin y otros marxistas, o es posible emprender un proceso revolucionario bajo determinadas condiciones, solamente apoyándose en ciertas ideas democráticas, antiimperialistas.

Y continúa:

Bueno ese es el debate que finalmente abre la Revolución cubana, y que se prolonga a lo largo de los años sesentas y buena parte de los setentas [...] Cuando el Che Guevara reflexiona sobre el foco guerrillero, en realidad está reflexionando sobre una revolución que no tiene objetivo socialista, que se propone un cambio democrático en lo fundamental, pero incluso el Che lo dice con todas sus letras: mientras exista, incluso una caricatura de régimen legal, la vía armada es imposible. Eso lo dice el Che en *Guerra de guerrillas*. Entonces, todas esas, digamos limitaciones que la propia realidad cubana impuso al desarrollo de su revolución, después fueron olvidadas, se olvidó incluso el hecho de que la Revolución cubana es de alguna manera, eh, una revolución nacional que continua, eh. Un proceso no resuelto de lucha por la independencia [...] De tal manera que allí se concentraron, digamos, en una sola demanda, las acciones o luchas populares comandadas, en su caso, por los trabajadores, por los sindicatos, por los partidos obreros, con las demandas antiimperialistas que habían arraigado en Cuba desde la época, desde el siglo XIX, desde las primeras luchas contra España, encabezadas por Gómez y Maceo, hasta las luchas, siguiendo por las luchas de

Martí, y luego por la de Guiteras, y finalmente la propia Revolución cubana. Es decir, hay una línea de continuidad en la Revolución cubana, que también de alguna manera se creyó ver en América Latina [...] Hay un cambio de paradigmas, dicen ahora pedantemente, y sí, en efecto, hay un énfasis en el papel del campesinado; hay una recuperación de las clases medias, que de hecho son los estudiantes en primer lugar. En fin, hay una idea que no casa con la idea estalinista o incluso leninista del partido, es decir, sí hay un viraje ideológico con la Revolución cubana, que repercute, a creer o no, en la izquierda no solo latinoamericana sino internacional.¹⁴

Con respecto a la forma en que la Revolución cubana marcó a su generación, Sánchez Rebolledo rememora:

[Era] una generación, digamos hasta cierto punto, voy a decir una palabra un poco tonta, hasta cierto punto virgen, desde el punto de vista político, que se encuentra con dos grandes realidades: los movimientos sociales en México y el triunfo de la Revolución cubana, que es una sacudida universal.

Entonces de esa inclusión, de esos mundos, es que surge la generación de los sesentas, que finalmente llegaría hasta el 68, con todos los sectarismos, los dogmatismos de la izquierda de la época, pero obviamente se estaba abriendo un mundo distinto al que estábamos viviendo con el stalinismo [...] Entonces eso aparte del ejemplo digamos moral que introduce una revolución de jóvenes, porque el más viejo era Fidel Castro, que tenía entonces 33 años, el Che tenía 26, Armando Hart era el ministro de Educación, y tenía 21 años; Raúl Castro tiene 21, 22 años, ésa era la dirección de la Revolución cubana. Entonces el sólo hecho de que sea un grupo de jóvenes dispuestos a dar la vida por cambiar, pues eso tiene un efecto ciclónico entre la juventud, y despierta un entusiasmo generalizado en muchas, en todas partes de América Latina.¹⁵

Las remembranzas de Sánchez rebolledo continúan:

[La Revolución cubana] influye entre los más jóvenes, que siempre, finalmente, siempre la izquierda era una minoría respecto de la totalidad de la sociedad. Bueno, influye eso creando una esperanza, una idea *utilista* de que es posible cambiar, eh. Reanima, como decía la vez anterior, las actitudes, el pensamiento antiimperialista, y lanza a la gente a descubrir otras cosas, a leer otras cosas. En fin, sí hay una influencia directa, incluso en sectores más sectarios.¹⁶

Para finalizar, es importante destacar, como lo hace el entrevistado, la influencia relevante para aquellos jóvenes militantes de los años cincuentas, que comienzan a percibir los cambios emanados de la Revolución cubana en la sociedad mexicana. Y entre todos estos cambios se da uno fundamental: el reconocimiento del papel de la Revolución cubana como hecho a partir del cual muchas cosas adquieren un nuevo significado.

¹⁴ Segunda entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo realizada por Patricia Pensado Leglise. Jiutepec, Morelos, 10 de noviembre, 2005.

¹⁵ Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

¹⁶ Segunda entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.

Como dice el Che, el primer mito que cae con la Revolución cubana es la idea de que no se puede hacer nada con Estados Unidos. Entonces ahí hay un resurgimiento casi instantáneo de una nueva voluntad de transformación, ligada a la búsqueda de una identidad latinoamericana frente a ese coloso, que es Estados Unidos [...] Se reabre el ciclo nacionalista, se reabre el gran ciclo del gran antiimperialismo, y al mismo tiempo la izquierda marxista, que era realmente muy pequeña y muy débil, pero importante, en algunos países se rompen los mitos de los partidos comunistas [...] Se advierte que en una revolución popular como la cubana no solo intervienen los elementos de violencia revolucionaria, la lucha armada, sino otros elementos, como la movilización del campesinado que había sido prácticamente olvidada por el pensamiento marxista tradicional, una idea de la propia revolución muy diferente, porque esta es una revolución que empieza destruyendo casi-nos, es decir, que empieza prácticamente por aspectos morales, y luego, poco a poco, va a avanzar en los temas económicos, sin proponerse la estatización como punto de partida, aunque llega inevitablemente a ella.¹⁷

¹⁷ Primera entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo, *supra*.